

XLIII

CÓMO SE CELEBRÓ LA NOTICIA
DE LA BATALLA DE LEPANTO

En tal día como hoy, trescientos treinta y ocho años ha, se libró junto al golfo de Lepanto una de las más famosas batallas navales de que hay noticia en toda la historia del mundo.

No intentaré reseñar el gloriosísimo hecho de armas, ni han menester su relato los cultos lectores de *El Universo*, que, por otra parte, tienen sobradamente libros en donde refrescar la memoria de aquel asombroso triunfo del esfuerzo cristiano. Más humilde es mi intento y, á la par, más nuevo será mi trabajo, por versar sobre menudencias relacionadas con el admirable suceso y olvidadas y como perdidas en los seculares mamotretos de aquella época.

Y ahora hallo buena ocasión para decir una cosa que he pensado muchas veces. No soy alpinista, ni en el sentido literal de esta palabra, ni en el metafórico de las ciencias y las artes. Más que las altas cumbres y las escarpadas rocas, en

donde todo provoca al vértigo, me agradan los vallecillos repuestos, y más que los árboles gigantes, las hierbecillas y flores silvestres. Y así en materias literarias é históricas: no se dirá de mí que vivo condenado, como viven muchos, á lo que el maestro de todos, señor Menéndez y Pelayo, llamó, atinadamente y con especial gracejo, "la monotonía de lo sublime"; antes al contrario, á glosar por centésima vez lo que muchos dijeron de tal ó cual prócer de nuestras letras prefiero buscar y hallar alguna particularidad curiosa de su vida, ó alguna de sus composiciones inéditas; y entre recomponer una vez más, sobre las narraciones de otros escritores, el relato de un suceso harto conocido y desenterrar el más insignificante de sus pormenores, nuevo de puro viejo, no vacilo en optar por esto último, que ha de ser más útil y me es más sabroso.

La primera noticia que se tuvo en Madrid de la batalla de Lepanto, ganada por la Armada de la Liga en la tarde del domingo 7 de Octubre de 1571, vino en una carta recibida á 31 de aquel mes. Corrió por la Corte, con júbilo de todos, la fausta nueva, y acordado que se hiciese procepción general, juntáronse en el Ayuntamiento el licenciado Duarte de Acuña, teniente de corregidor, y algunos regidores, después de las nueve de la noche, al efecto de disponer lo tocante á la limpieza de las calles por donde había de pasar aquélla y de mandar que se tomase la cera que fuese menester.

Reunidos de nuevo en cabildo al siguiente día, 1.º de Noviembre, "en este Ayuntamiento se acordó que por la buena nueva que ayer miércoles último de octubre vino de la victoria que la armada xpiana vbo contra la turquesa, esta noche, demas de lo que anoche se hizo, se hagan alegrías en esta manera: que se pongan luminarias y se hagan hogueras por toda esta villa y ansi mismo se tomen bueyes de los del matadero y con cascaules y hachas se traigan por la villa, y para que los haga traer se comete al señor contador galarça, y el señor pedro rrodrigues le dé las hachas para ello de las que tiene en su poder de çera y pez, y tambien haga poner luminarias en la puerta de guadalajara como se an puesto otras bezes, y lo mismo en la sala del ayuntamiento, de las mismas hachas que en su poder tiene, y se compren dos libras de velas de çera y el cordel que fuere menester y se pague de sobras de rrentas por çedula del señor teniente y del dicho señor pedro rrodrigues, e para mañana a las ocho se llamen todos los caualleros e Regidores desta uilla, de que está hecha nomina, para que se trate de lo que será bien que se haga cerca de lo suso dicho".

Sigue á esta acta la del lunes 5 de Noviembre, sin que falte ninguna intermedia, y en este día "el señor teniente dixo que por orden del Illmo. cardenal por la buena nueva que vino mandó que los tronpetas de su magestad tañiesen la noche de los santos en este ayuntamiento y tañieron; que se les mande pagar su trabajo..." Y

ya en el cabildo del miércoles 7, como tratándose de festejos terminados, se acordó que se librarán "treinta y ocho rreales que se gastaron en ocho bacas que se sacaron las noches de las alegrías, a cuatro rreales cada vna, y mas seys rreales de cascaules".

¿Se redujeron á estas nonadas las muestras públicas del regocijo de la Corte, en ocasión tan propia para echar la casa por la ventana con cien diversas y más costosas demostraciones de alegría?... Fuera de otras fiestas exclusivamente religiosas, parece que no hubo, por entonces, otras expresiones del alborozo popular. Á lo menos, en el copioso catálogo de Alenda intitulado *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España* no se menciona ni un papel madrileño, ni siquiera español, referente á la celebración del gran triunfo de Lepanto. Á esto, en cuanto á Madrid, debieron de contribuir la ausencia y la poca salud del Rey, que estaba en El Escorial.

Con menos cicatería se celebró en Sevilla la nueva de la gran victoria, bien que en aquel tiempo era Sevilla población mucho más opulenta que Madrid.

Súpose allí por carta enviada desde aquí al Cardenal Arzobispo y recibida el día 3 de Noviembre. En la tarde del domingo 4 celebró la ciudad cabildo extraordinario y "en este cabildo fue dicho por el señor asistente que ya a la çibdad es notorio la felice y notable victoria que dios nuestro señor a dado a la armada del ecelentísimo señor

don juan de avstria contra los enemigos de nuestra santa fe catolica y como los enemigos de la fe fueron desbaratados y rronpidos y tomado gran numero de galeras y desbaratado y echado a fondo otras munchas y por nueva tan ynsygne y notable la santa yglesia desta çibdad a hecho demostracion dando graçias a nuestro señor por esta merçed que a la cristiandad a hecho en desbaratar vn armada tan gruesa como el turco enemigo de nuestra fe traya, y asi mismo por los despachos y cartas quel señor arçobispo tiene y le an sido enbiados de la corte se entiende que se an hecho y hasen en ella algunos rregosijos y se van hasiendo en cada día más, y para que tan gran nueva se rregosije y solenyse como es rrazon mandó que se llamase a cabildo para que la çibdad trate los rregosijos que sera bien que se hagan y hordene lo que convenga...”

Hablóse largamente sobre ello. Cada uno de los capitulares fué exponiendo lo que á su juicio debía hacer la Ciudad en aquella grata ocasion, y, por último, el Asistente, resumiendo las manifestaciones de todos y concertando hábilmente las pequeñas diferencias que había entre las de algunos, dijo y propuso: “que en quanto a haserse la fiesta, se haga, y sea el miércoles en la noche, y que aya ocho quadrillas de a ocho y que los quadrilleros sean los que nombró el señor Rodrigo de monsalve...; y que a cada vno se le den ocho varas de tafetan de los colores que su quadrillero quisiere, y el dicho tafetan sea doble, y salgan en

maxcara con sus hachas de su posada del señor asistente; y que aya musica de ministriles en el cabildo y venga otra con la mascara, y que aya luminarias en este cabildo y toda la çibdad, y que el señor don pedro hortiz melgarejo y melchor de vaena hablen al señor arçobispo para que mande que aquella noche aya luminarias y se rrepique en la yglesia y en todas las yglesias, y que el señor diego hortiz aquella noche haga poner faroles en esta plasa y en la del duque de medina y en las gradas, y hablen a los señores de la casa de la contratación para que se prevenga lo del rrio; y en esta casa se pongan vna dozena de hachas por las ventanas y corredores, y que sean diez y ocho hachas, y que se aprégone quel miercoles despues de medio día se sierren todas las tiendas y los ofícios y todos pongan luminarias por sus ventanas y puertas, y toda esta costa se pague de los propios de la ciudad...” Todos dijeron que “Así”, y así se efectuó, de que quedaron muchas muestras en los libros de caja: sólo de tafetán para la máscara, hallé, en tres partidas, cerca de 400.000 maravedís.

Todo esto, amén de las funciones religiosas, que fueron muchas y muy solemnes, pues por tratarse de victoria ganada contra infieles, se celebró y conmemoró señaladísimamente por la Iglesia. Entonces, como es harto sabido, se instituyó la fiesta del Santo Rosario en el primer domingo de Octubre, por ser el día en que se dió la batalla, y se añadió en la letanía de la Vir-

gen el hermoso dictado de *Auxilium christianorum*.

Otra explicación podría buscarse á la poca espléndidez de las fiestas con que el elemento civil solemnizó el triunfo de Lepanto. Triunfar de los enemigos no era todavía en aquel tiempo cosa de que tuviesen que maravillarse los españoles. Á ello estaban acostumbrados, así como á perder gente en las guerras; que no hay cosa más natural que el derramamiento de sangre allí donde los hombres no se encuentran y se acometen para darse abrazos y besos. Así, todos, militares y no militares, confiaban en Dios y en el buenísimo acero del alma nacional (aún no perdido hoy, por fortuna), y ni se volvían locos de contento por los triunfos, ni desmayaban femenilmente, como ahora, ante las adversidades. Bien que entonces no pasaba lo que pasa hoy: que las mujeres se ahembran y los hombres se ahembran ó afeminan.

(*El Universo*, 7 de Octubre de 1909.)

XLIV

UNA HOJA PERIODÍSTICA REFERENTE Á LA BATALLA DE LEPANTO

Ayer se cumplieron nominalmente trescientos treinta y ocho años (*nominalmente* digo, porque se trata de fecha anterior á la corrección gregoriana del calendario) desde que la gran armada de la Liga Cristiana (Roma, España y Venecia) derrotó y deshizo junto al golfo de Lepanto á la armada de los Turcos, logrando una victoria—en frase del historiador Mariana—“la más ilustre y señalada que muchos siglos antes se había ganado, de gran provecho y contento, con que los nuestros ganaron renombre no menor que el que los antiguos y grandes caudillos en su tiempo ganaron”.

He aquí una descripción de la batalla. Prefiero, por breve, la que hace el dicho historiador: “Partió la Armada de la Liga, de Sicilia, á 16 de Setiembre. Llegó á las islas Equinadas, que hoy se llaman las islas Cuzolares, contrapuestas al golfo de Lepanto, ó si no, Corintíaco, donde te-

nían aviso estaba la armada turquesca. Era grande el deseo que así los capitanes como los soldados tenían de venir á las manos; aparejaron sus conciencias con la confesión y, tomadas las armas, se pusieron en orden de pelear: las galeras venecianas, á la mano izquierda; el príncipe Juan Andrea Doria, á la derecha; en el cuerpo de la batalla se puso don Juan de Austria con las galeras de España, y en su compañía Marco Antonio Colona y el general veneciano. El Comendador Mayor de Castilla y el Marqués de Santa Cruz don Alvaro Bazán, con treinta galeras, quedaron de respeto para acudir donde fuese necesario.

”Salieron los enemigos de la boca del Golfo, ordenaron sus galeras, como lo acostumbran, en forma de luna, con intento de embestir con nuestra armada. Llevaban los nuestros seis galeazas por frente, las cuales, disparada la artillería, pusieron á los enemigos en desorden. Después dellas, don Juan de Austria el primero embistió con la capitana de los turcos, pero, aunque con dificultad, al fin la ganó. Mató en ella al general de los enemigos, que se llamaba Hali Basa [Alí Bajá], y prendió dos hijos suyos, con que comenzó la victoria á declararse por los nuestros. Verdad es que el cosario Uchalí hizo grande daño en el cuerno derecho de nuestra armada, porque tomó diez galeras; pero vista la rota de los suyos, se alargó á la mar y escapó con buen número de sus galeras. Era un espectáculo miserable: vocería de todas partes, matar, seguir, quebrar, tomar y echar

á fondo galeras; el mar cubierto de armas y cuerpos muertos, teñido de sangre; con el grande humo de la pólvora ni se veía sol ni luz, casi como si fuera de noche. Fué grande el destrozo; docientas galeras de los turcos parte fueron presas, parte echadas á fondo; los muertos y presos llegaron á veinte y cinco mil; veinte mil cristianos remeros puestos en libertad. De los nuestros, no pocos perecieron [según otros historiadores, la Liga perdió 8.000 hombres, de los cuales eran españoles 2.000], y entre ellos, gente de mucha cuenta por su nobleza ó hazañas.”

En una de aquellas naves, en la galera llamada *Marquesa*, peleó Miguel de Cervantes, mandando sobre un esquife doce soldados, y fué herido de dos arcabuzazos en el pecho y de otro que le estropeó la mano izquierda. Así, cuando rompió los aires la ensordecedora gritería de la victoria—escribálo después, estando cautivo, el mismo Cervantes—,

“A esta dulce sazón, yo, triste, estaba
Con una espada de la mano asida
Y sangre de la otra derramaba.
El pecho mío de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.”

La noticia de este gloriosísimo hecho de armas se recibió en Madrid, con el júbilo que es de suponer, el día 31 de Octubre: veinticuatro después de librada la batalla. Súpose por una carta del Capitán general de la Armada de Venecia, del cual

documento se enviaron sin perder instante copias y extractos á las principales autoridades eclesiásticas, militares y civiles de toda España.

El agente que tenía en Madrid el Cardenal Arzobispo de Sevilla transmitió á este purpurado por medio de un correo á las veinte (á veinte leguas por día) la fausta nueva, que llegó, por tanto, á la metrópoli de Andalucía el día 3 de Noviembre, y hecha pública la noticia, alborozóse toda la ciudad y demostró su júbilo con repiques de campanas, iluminaciones, músicas, máscaras, etc. Pero si todos sabían lo esencial, esto es, que el generalísimo don Juan de Austria había ganado una gran victoria sobre la armada turca, pocos conocían pormenor ninguno de la batalla, y ansiábase por conocerlos. Á satisfacer este tan natural deseo de la curiosidad general acudió el impresor hispalense Benito López, un verdadero precursor del periodismo moderno, obteniendo copia de la carta recibida por el Cardenal Arzobispo y licencia del Asistente de la Ciudad, con privilegio por ocho días, para divulgarla en un papel impreso. De él se conserva un ejemplar (una hoja en folio) en la riquísima sección de Varios de nuestra Biblioteca Nacional, y hoy es buena ocasión para reproducirlo. Dice así:

* *Este es vn traslado de vna carta que vino de la corte la (al) Illustrissimo señor Arçobispo de Seuilla, De la victoria q vuo el serenissimo don Juan de Austria contra el armada del gran Turco enemigo de la sancta fee Catholica. Fue*

impresa con licencia del muy Illustrre señor licenciado Pero Lopez de Mesa Asistente de Sevilla y del consejo de Su Magestad, ꝛc, ꝛ manda que ningun otro impressor la pueda imprimir por tiempo de ocho dias so pena de diez mil maravedis para la camara de su Magestad.

"Vna carta vino del capitan general de la mar de la señoria de Venecia fecha en el puerto de Claramonte que es cerca del golfo del puerto de Leonponte: se entiende que a los siete de Octubre por la mañana la armada de la liga salió con deliberacion de yr a vn lugar llamado Portalia fuera del golfo del puerto y de echar delante vna vanda de galeras con capitanes de guerra los quales fuessen a reconocer los Claronaroles del dicho golfo de Leponte pensando que los enemigos estuuiesen en el dicho golfo. E al doblar de vna punta se descubrio el armada del enemigo Turquesca la qual venia a encontrar la nuestra. ꝛ ansi con el nombre del Spiritu santo y de señor Santiago se metieron en la batalla la qual venia en forma de media luna y seys falcaças de las nuestras fueron embiadas delante a la descubierta las quales con el artilleria se hizieron hazer lugar y con muy buena orden se han visto el armada del serenissimo señor don Juan de Austria y el señor capitan general con la del enemigo la qual desbarataron: y fueron hechas pedaços. En especial la del Baxan [Alí Bajá] en la qual hallaron dozientos mil escudos. E al Baxan mandaron cortar la cabeza, murieron en esta refriega mas de treynta mil tur-

cos e libertaron mas de diez y seys mil Christianos.

¶ Todas las galeras hizieron el deuer, en tal manera que toda el armada del enemigo, que eran mas de trezientas velas no escaparon sino hasta quarenta o cinquenta, porque todas las de mas fueron hechas pedaços, e muchas fueron tomadas, e otras echadas a fondo, e otras dieron en tierra: la qual bateria duro cerca de quatro horas.

¶ Quedaron muertos de los nuestros el señor proueedor general de la armada de venecianos que se llamaba Valsarago [Barbarigo] el qual murio de un flechazo que le dieron en vn ojo: e mas murieron otros cinco gouernadores de los nuestros: e muchos arcabuzeros de nuestra armada, y el general de la Infanteria de vn flechazo que le dieron en vna rodilla.

¶ Todos los Capitanes e cossarios de los Turcos murieron, y entre ellos Caracola que era muy señalado. Su alteza del Serenissimo señor don Juan se ha mostrado de grandissimo valor en esta jornada con el señor Marco Antonio Colonia. E todas las de mas cabeças e Capitanes del armada hizieron lo que eran obligados.

¶ Agora se entendia en refrescar el armada, e poner gente en tierra para seguir la victoria de los que auian dado al traues huyendo.

Fue impresa la presente obra en Seuilla en casa de Benito lopez impressor de libros en el granero del obispo de Escalas."

La indicación de que habían muerto en la ba-

talla cinco gobernadores de los nuestros e muchos arcabuzeros de nuestra armada, y aun el general de la Infanteria, no convirtió en duelo el común regocijo, ni menos hizo á las gentes murmurar ni maldecir de los que mandaban, como á cada paso y por contratiempos menos graves acontece ahora. Porque en aquellas aborrecibles calendas en que España todavía era grande, no se habían empeñado á convertir los hombres en débiles y lloronas mujeres, á quienes toda sangre asusta; antes al contrario, en aquella ocasión "mujer española hubo que, desnudándose del hábito y natural temor femenino, peleó con un arcabuz con tanto esfuerzo y destreza, que á muchos turcos costó la vida".

(A B C, 8 de Octubre de 1909.)

XLV

LOPE DE RUEDA

Por esta vez perdone la cronología. *El Teatro* inaugura su galería de escritores dramáticos con el más famoso, no con el más antiguo de los del tiempo viejo: con Lope de Rueda, "varón insigne en la representación y en el entendimiento", como dijo el autor del *Quijote*; con Lope de Rueda,

"Gracioso representante,
Y en su tiempo gran poeta,
Que empezó á poner la farsa
En buen uso y orden buena",

como escribió otro recitante célebre: Agustín de Rojas Villandrando.

Lope de Rueda nació en Sevilla, de familia humilde, hacia el año de 1514. Su padre, Juan de Rueda, le dedicó al oficio de batihoja (batidor de oro); mas no permaneció en él mucho tiempo, porque su afición arrastrábale al de la farsa, que ya por los años en que moceaba Lope salía tal cual vez de los templos, en donde había vivido

amenizando las fiestas religiosas, y lucía y se lozaneaba en las casas particulares, y aun á la luz del sol, en las plazas públicas, en donde un concurso numeroso se embebecía al ver representar, no ya por niños de coro, sino por sujetos que profesaban el histrionismo, las obras de Juan del Encina, Lucas Fernández y otros lozanos ingenios.

Viendo cada año los *carros de representación* con que á costa de los oficios y gremios de Sevilla se solemnizaba la gran fiesta del *Corpus Christi*, y admirando en la de 1538 á la compañía de italianos que dirigía Mutio, Lope de Rueda, que ya habría hecho el aprendizaje en su ciudad natal, se resolvió á dedicarse enteramente á la farándula y emprendió la vida aventurera y apicarada, entonces, y aún hoy, propia de tan asendereado ejercicio.

En ella andaba cuando en 1552 conoció á una Mariana, cantadora y bailadora, á quien don Gastón de la Cerda, duque de Medinaceli, valetudinario antes que viejo, había retenido seis años en su casa de Cogolludo, para que, vestida de paje las más veces, le divirtiera luciendo sus habilidades y *diciendo gracias*. Muerto el Duque, casóse Lope de Rueda con esta Mariana, y en Julio de 1554 pidió y obtuvo por justicia sus salarios (600.000 maravedís) de los herederos de aquél, todo lo cual se sabe gracias á un peregrino pleito hallado pocos años ha por el excelente literato don Narciso Alonso Cortés.

Imposible sería hoy reconstituir el complicado y cien veces recorrido itinerario de Lope de Rueda.

da; sábese tan sólo de algunas de sus estancias, por ejemplo, la que en Junio de 1554 hizo en Benavente, á costa del Duque de este título, á fin de celebrar el paso por aquella villa del príncipe don Felipe cuando fué á embarcarse para Inglaterra. En aquella ocasión salió Lope de Rueda á un patio "con sus representantes, y representó un *auto* de la Sagrada Escritura, muy sentido, con muy regocijados y graciosos *entremeses*, de que el Príncipe gustó mucho".

Y así, rodando mundo, en 1558 tomó parte en las fiestas con que Segovia inauguró su iglesia catedral; al año siguiente sacó dos carros de representación en la fiesta del Corpus de Sevilla, y, ya viudo (y ésta es noticia ignorada hasta ahora y que debo á mi docto amigo M. Henri Mérimée), en 1560 contrajo en Valencia nuevo matrimonio con Rafaela Trilles, valenciana, también viuda, más conocida por su doble nombre de Ángela Rafaela ó Rafaela Ángela, y de la cual, estando en Sevilla por Junio de 1564, tuvo una hija, por cuya partida de bautismo, que encontré en 1900, se echa de ver cuán estimado de las personas de distinción era el buen ex batihaja, pues fueron sus compadres el alguacil mayor de la ciudad, su teniente y uno de los oidores de la Audiencia.

Pero ¡cuántos sinsabores y penalidades, á cambio de un poco de fama y gloria! ¡Qué ajetreada vida la de aquellos cultivadores del antiguo arte escénico! Y como jamás andaban sobrados de dinero, y entonces se prendía por deudas, á cada

paso poníaseles á recaudo en las cárceles, y para salir de ellas tenían precisión de dejarse atrás, mal empeñados en poder de logrereros sin entrañas, lo mejorcillo de su ajuar y vestuario de comediantes, adquirido sabía Dios á cuánta costa. Después de una vida tan azarosa, á la par que tan divertida y alegre (que eso es vida: acíbar y miel que alternan, y que á veces se mezclan y se confunden en un brebaje agridulce de todos los diablos), Lope de Rueda murió en Córdoba, en la primavera de 1565. Por su testamento, hallado por don Rafael Ramírez de Arellano, se cae en la cuenta de cuán mal le había ido poco antes en la imperial Toledo: los más de sus trapos de histrión y de las ropas de Ángela Rafaela, y hasta los míseros trebejos de su casa, quedaban allá empeñados en poder de cuatro ó cinco acreedores.

En Lope de Rueda se aunaron maravillosamente, como en ningún otro español, las notables cualidades del representante y el sumo ingenio del autor. Él fué, en frase de Cervantes, que le vió representar en Sevilla por los años de 1564, "el primero que en España sacó de mantillas las comedias y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia", rotunda afirmación con la cual convienen las de Juan de la Cueva y las del otro gran Lope, *monstruo de la naturaleza*.

Como autor tiene Lope de Rueda mérito relevantísimo, así por sus comedias, felices imitaciones del teatro italiano, como por sus coloquios pastoriles, llenos de dulce poesía; pero muy espe-

cialmente por sus *pasos*, lindísimas piezas sembradas de sal netamente española, en las cuales, donde alienta y vive risueña y regocijada el alma popular de su tiempo, dejó á la posteridad insuperables modelos que imitar é inmarcesibles gracias que reir. Por todo ello, como autor y como representante merece la preferencia que le da *El Teatro* publicando su retrato y este humilde elogio en su primer número.

(*El Teatro*, 17 de Octubre de 1909.)

XLVI

FRATERNIDAD

Pocos días ha, un modesto industrial andaluz que había venido á Madrid para consultar con cierto médico especialista, y á quien yo acompañaba como *cicerone*, por paisano y por amigo desde la niñez, cometió una estupenda *isidrada* al entrar en un tranvía: llevóse la mano al aliancho sombrero y saludó á los que ocupaban el ambulante saloncito de madera, diciéndoles con cortesía digna de mejor causa: "Señores, Dios guarde á ustedes."

Claro es que nadie le respondió, y claro también que algunos se sonrieron, entre compasiva y burlescamente, del cumplido provinciano, como si dijeran para sus adentros: "¿De dónde habrá salido este infeliz papanatas?"

Yo voy á responder á aquella tácita pregunta. Ese hombre que os pareció un pobre diablo había salido de mi tierra: de una hermosa villa andaluza en donde los hombres son naturalmente corte-

ses, porque se estiman como hermanos; en donde se cede á las señoras la acera, por el solo hecho de ser señoras, y en donde ni á amigos ni á desconocidos se les niega el saludo, al cual llaman, con mucha propiedad, *la palabra de Dios*, porque no hay saludo clásico y tradicional en que no se invoque el augusto nombre de quien nos crió y nos mantiene.

Y ése á quien mentalmente calificasteis de *isidro*, si entonces hubiese entrado en el tranvía una mujer con apariencia de señora, habría cometido otra simpleza como la del saludo, levantándose y cediéndole su asiento, cosa que vosotros pocas veces hacéis. Y en esto, perdonadme por la franqueza, todas las trazas de hidalgo y galante están á favor de mi paisano, á pesar de lo aliancho de su sombrero.

En los pueblos andaluces, como en los de otras regiones españolas (¡atrasos de provincia!), las gastamos así, sin que por ello nos riamos los unos de los otros. Aún no había pensado en asomar por el horizonte del tiempo la revolución francesa, que proclamó *los derechos del hombre*, como si ella los hubiera inventado, y ya mis paisanos se sabían de coro y practicaban sus derechos y, lo que es más, sus deberes, cosa esta última en cuya enseñanza ponen mucho menos cuidado las revoluciones todas.

Allí ricos y pobres se quieren bien (exceptuando un centenar de personas á quienes han envenenado el alma las malas lecturas), y se acuden y

se remedian en sus necesidades. No hay barrio señalado para los pobres, y pobres y ricos viven mezclados, conociéndose y respetándose mutuamente. Á ningún hombre de bien le falta allí, en caso de apuro, quien le preste ó le venda al fiado una fanega de trigo; y así, como si todos viviesen en patriarcales tiempos, conocidos y desconocidos, al entrar en donde hay algunas personas, al despedirse, ó al encontrarse en el campo, se otorgan y cambian cristianamente *la palabra de Dios*, diciendo alguna de estas frases: "Á Dios, caballeros"; "*Dios* guarde á ustedes"; "Á la paz de Dios"; "Á Dios, amigos". Y el pordiosero, al llegar á la puerta de una casa, dice antes de pedir: "Alabado sea Dios." Á lo cual le responden invariablemente: "Por siempre sea alabado y bendito." Y es allí tan reprobable que adonde hay algunos sujetos se acerque uno sin saludar, que al que tal hace rara vez falta quien le diga en tono de reconvención: "Ese costal, ¿no tiene boca?"

En la hospitalaria tierra de donde había venido el que os saludó al entrar en el tranvía hay pocos mendigos (fuera de tal ó cual temporada calamitosa), y se les socorre, no con esto que ahora se estila en las grandes ciudades y se quiere hacer pasar por *caridad*, siendo, á lo sumo, *filantropía*, sino con verdadera caridad cristiana: con esa que, en vez de ahuyentar al hambriento, socorriéndole desde lejos á fin de que no se acerque á los ahitos, le busca afablemente para auxiliarle, más

que con la moneda ó el cacho de pan que pone en su mano, con las afectuosas palabras de consuelo que pone en su oído, camino del alma. Bien que allí, por dicha, no se conoce la tumbona golfería mendicante que infesta y deshonra á Madrid, y de la cual hay necesidad de librarse como de una plaga molestísima.

De aquel pueblo andaluz era, sabedlo, señores que ibais en el tranvía, aquel hombre de bien á quien hallasteis ridículo porque cometió la *isidrada* de saludaros sin conoceros, invocando, á la antigua española, el nombre de Dios. En aquel pueblo, que es el mío, se aprende la fraternidad en un texto anticuado, que ya casi nadie lee: en el texto evangélico, que aconseja y preceptúa: "Amaos los unos á los otros." Bien que esta fraternidad cristiana no tiene parentesco alguno con esotra que, malamente traducida de la *fraternité* francesa al anarquismo catalán, va borrando en la conciencia humana el nombre y la noción de Dios y predicando á los hombres: "¡Aborreceos!"

(A B C, 2 de Noviembre de 1909.)

XLVII

EL HECHIZO DE VILLEGAS

Uno de los más famosos actores de nuestra escena antigua, "celebrado — al decir de Lope de Vega — en la propiedad, afectos y efectos de las figuras", fué Antonio de Villegas, escritor á la par que representante, quizá sevillano, y por quien acaeció un suceso tal en la opulenta ciudad del Guadalquivir, entrado el otoño de 1601, que bien empleado será el trabajo de contarlo, como lo fué el de inquirirlo entre el polvo de los papeles viejos.

Villegas, que por los años de 1592 había estado en la compañía de Gaspar de Porres y hecho con ella en Madrid los autos de las fiestas del Corpus, volvió á hacerlos en 1596, ya como *autor de comedias*, que hoy diríamos director de compañía; y, andando con la suya de acá para allá, como lo tiene de su cosecha el ajetreado oficio, por la primavera de 1600 fué á dar en Sevilla, en donde cayó tan bien, por su mérito propio y por el de sus camaradas, entre los cuales figuraba el renombra-